

Pedro Alfonso Morales

**El poema en la espalda y
la ciudad llamada
Zingonia**

Colección: Ensayo

El poema en la espalda y la ciudad llamada Zingonia

Pedro Alfonso Morales

I Presentación

En el encuentro de poetas en el Cafetín Guardabarranco de mi querida Eréndira Pizarro, realizado el 24 de febrero, 2018, en León, la poeta Zingonia Zingone me regaló una camiseta azul con letras blancas. El día anterior habíamos presentado su libro «las tentaciones de la Luz» en el Museo Archivo «Rubén Darío» de León, Nicaragua, en la misma casa del viejo y admirado poeta de América como un grisáceo Whitman.

La camisa azul era sencilla y cuya talla XL se ajustaba a mi interés corporal, espiritual y literario. La camisa no dice nada y más bien parece callada, silenciosa y licenciada en cuyo frente se desligan varias consonantes sobre un corazón palpitante en boceto blanco. Pero es una camiseta con grandeza de vida a través de las palabras.

En la espalda está la grandeza de vida como si de un corazón se tratara. Ahí está el poema en la espalda, firmado por su autor Aurelio Iannotta, un joven italiano. El poema sin título es precedido por el nombre «Free From Chains», institución que trabaja por los demás. El poema se refiere al silencio a pesar de los ruidos de los aviones; todo calla en ese lugar y solo se advierte a lo lejos las estrellas y sus fugas; todo tan inmenso como el sentimiento de culpabilidad. ¿Cuál es ese lugar?

Cuando la poeta Zingonia Zingone nos contó la historia de la camisa, el poema y su autor, nos quedamos sorprendidos y entusiasmados. «Estoy realizando unos talleres de poesía en la cárcel y los poemas de las camisetas son fruto de ese trabajo». Me sorprendió Aurelio Iannotta, quien siendo presidiario y uno de los participantes de los talleres de poesía, haya escrito un hermoso texto literario: «El poema de la espalda», lo bauticé, porque se muestra en la espalda de la camiseta.

Felicité a Aurelio Iannotta por este poema interesante y muy significativo para el mundo de la literatura, pues no es un poema cualquiera, es el poema de un joven. Felicité a Zingonia Zingone por su hermoso trabajo con los jóvenes en situaciones de riesgo social con literatura. Entonces, uno descubre para qué sirve la poesía de hoy en el mundo de hoy con los jóvenes de hoy y las poetas de hoy. Ojalá continúen más talleres y más camisetas con la poesía de jóvenes como Aurelio Iannotta, que son poetas de la juventud y la vida. El poema sin título dice así:

Hay silencio aquí
a pesar de los aviones
que vuelan cerca
rompiendo los límites de la noche.
Todo calla aquí:
solo se advierte
el caer de las estrellas
en la majestad del cielo infinito
tan infinito
como el oscuro remordimiento.

Aurelio Iannotta.

La poeta Zingonia Zingone también me regaló una libreta pequeña y forrada con cuero, trae una correa para amarrar sus hojas y permanezcan quietos y sujetos los tesoros que en ella han de surgir. Se me ocurrió, a manera de agradecimiento por su gesto gentil, escribir un poema a su bondad y cariño en las primeras páginas de la libreta como prueba del uso que debo darle a su presente:

Z y Z

Las zumbas y las zanahorias
acordaron hacerle un homenaje:
escribirle versos sencillos y nobles.
Zingonia es una ciudad nueva
sin calles atravesadas y su cúpula
mayor es una metáfora feliz
bajo los aleros de los edificios de palabras.
Zingone es una ciudad hecha de palabras
y camina en la nada con el valor de todo.
Tiene semáforos de tierra en las esquinas
donde pasa el cariño bajo el sol
cargado de imágenes de sus libros.

Telica, 18 de marzo, 2018.

A Zingonia Zingone la conocí en León en agosto de 2013. Alguien me pidió que presentara su libro de poemas en la Universidad de Ciencias Comerciales de esta ciudad. Creo que fue Luis Alberto Tercero si no me equivoco. Cuando recibí el libro «Los naufragios del desierto», un libro blanco con rojo y negro, para que lo leyera y escribiera un comentario, me asombró su nombre y su apellido con la vigésima séptima letra del alfabeto español. Ambos trazados y cruzados con zetas que zumbaban como zumba, zanahoria, zacate y zalamera como la vieja marca del Zorro en el oeste norteamericano, cuyo forajido Joaquín Murrieta diera origen en la fiebre del oro.

Meses después de la presentación de su primer libro, la poeta me envió la foto de una niña que declamaba *Sonatina* de Rubén Darío. Era ella a los 8 años en actitud de intriga, sorpresa y sencillez con un mechón sobre su ceja derecha, como si acabara de declamar el poema del hijo de Metapa. La foto con el poema de fondo, me daban la señal de que Zingonia Zingone siempre tuvo un vínculo cercano con la poesía nicaragüense y con Rubén, Azarías, Alfonso, Salomón y Pablo Antonio. Y seguro que mucha de su poesía tiene sus fuentes en algunos o la mayoría de poetas nicas. La foto con el poema la puse en mi libro de texto de octavo grado, previo permiso de la poeta. Pero mi duda sobre su nombre, cada vez se hacía más ancha hipérbole.

Pensé que Zingonia era su seudónimo poético y nunca le pregunté y sigo pensando que Zingonia es un seudónimo artístico de la poeta de la soledad y la humanidad de sus versos. Pensé que su nombre en realidad es Clara Fonte o Fonteclara como lo avizó José Coronel Urtecho en su *Narciso*. Y más que Clara Fonte de *Narciso* me atrevo a pensar que su nombre es Parola Degna.

Más bien, Zingonia Zingone es el nombre de una ciudad visible, limpia y transparente en las palabras y el idioma de la poeticidad. Una ciudad forjada con lenguaje de poesía y avenidas de canto y verso profundo. Pienso en una ciudad vestida de blanco, sensual, llena de poesía y cabello extendido y negro. Una ciudad como mujer delgada caminando en las calles de una ciudad con edificios de poesía.

Una ciudad hecha con huesos y sangre de mujer y, por tanto, una ciudad de palabras y alevosías con metáforas de nuevo culto: la palabra digna. Una ciudad que se levanta en la mañana y escribe poesía para vivir en sus edificios con luces de neón. Una ciudad con poesía de soledad y

vida de la vida de los seres humanos. Una poesía con el traje blanco de la poeta; una poesía con el cabello negro de la poeta; una poesía sencilla y traviesa como la sonrisa de la poeta; una poesía fina, delgada, sin ropajes extraños como el diafragma y el tórax poético de la poeta.

Por esos días vi su foto en su perfil entre hojas verdes y oscuras y escribí una travesura que ella agradeció: Zingonia Zingone que nació en una hoja, creció en dos, y ahora su poesía se divulga en muchas hojas de los árboles frondosos de sus libros. ¿Qué habrá debajo de la hoja de Zingonia que no quiere abrir tanto sus puertas? Allí los árboles y sus misterios... De una cosa estoy seguro: debajo de la hoja hay poesía...

Entonces leí «Los naufragios del desierto» no sin antes corretear a Omar Khayyam (1048-1131) poeta, matemático y astrónomo persa, destacado por su *Rubaiyat* que no es una obra sino su estilo métrico o cuarteto. Zingonia había tomado como epígrafe una estrofa del poema *Lo fugitivo y lo eterno* de Omar y dice:

¡Mira esa rosa, cómo su aire de reina asume!
Ella sonrío y dice: -«Yo en esta tierra impero;
de mi bolsa de seda el nudo se consume,
y vierte en los jardines la gracia del perfume».

Entonces escribí el comentario de la presentación del libro y lo leí en la universidad, después de que leyera el suyo Marcia Ondina Mantilla. Cuando la poeta me autografió su libro, escribió: «A Pedro Alfonso que captó el alma del alma. Con agradecimiento. Zingonia, León, VIII, 2013». En verdad el libro me gustó mucho, porque era una poesía que se iba por la soledad y la lejanía del desierto y que antes había experimentado yo en mi *Palestina en los ojos de una niña*.

Después que leí su libro y, mientras escribía mi libro de poesía *Pasión del cuerpo*, escribí este poema donde la menciono, influido por la lectura de su obra:

Joroba

Ay, mi joroba llena de grasa, aislante,
escudo frente al sol: voy desierto en desierto,
Zingonia Zingone, y sus tres muchachos;
llevan la noche a mano, buscan sueños,
lagartijas y cocodrilos: «háblame, Soraya».
Aquí, el camello triste de mis días; allá la
pujanza
de los búfalos: un dromedario me acusa de
terracota.

Un perro se queja de la mala suerte; un cerdo
protesta su sábado: tarde es quitarse la
horqueta;
los gatos se adueñan de la cocina, la leche, el
fuego.

— ¡No te acompañe al desierto! — dice.

— ¡No, Pedro Balmaceda Toro: dame tertulias!
Pedro se va sin decir camello, búfalo,
dromedario
y tiempo: justo, allí «A de Gilbert» y «La
muerte

de la emperatriz de la China»; memoria del
poeta
amigo, que lleva la biblioteca en la espalda
y muchas ideas en la cabeza. La niñera te
bota...

La joroba nunca miente: hay de buen augurio.

Jorobas que cortan guitarras en la noche
y las convierten en pan y zapatos vecinos.

Jorobas que van al río y ríen del canto de la
tierra.

Jorobas que hacen muecas como muchachas
hermosas, escribiendo versos en las tertulias.

Telica, 26 de agosto, 2013.

Ya casi olvidado de su libro anterior, pues casi nunca intercambiamos mensajes, el 11 de noviembre de 2017 recibí su envío donde me informaba de su nueva creación literaria que estaría disponible para febrero de 2018. Y leí entusiasmado:

Querido poeta: ¿cómo estás? Espero que todo muy bien. Te comento que en febrero estaré en Nicaragua, porque sale mi nuevo libro, editado en Nicaragua por Anamá Ediciones. Me gustaría mucho presentarlo en León. Ya le escribí a Marcia Ondina, pero veo que no ha revisado sus mensajes...

Me encantaría que los presentadores fueran los mismos de la última vez, porque quedé encantada con la lectura que hicieron de mi libro. No sé cómo andas de tiempo y si te parece una buena idea. Te lo pregunto sin compromiso, si estás muy ocupado, lo entiendo perfectamente. La editorial sugiere que la presentación en León sea el 23 de febrero. Quedo a la espera de tu amable respuesta y te mando mis mejores saludos.

Le respondí afirmativamente. Días después se acordó la presentación en el Museo Archivo «Rubén Darío» de León. Amablemente recibí su libro en PDF a través del correo y comencé a leerlo. Cuando estuvo listo el libro recibí dos ejemplares que muy amable, Salvadora Navas, de Anamá Ediciones, me envió por correo postal. Uno tomé yo y el otro, por sugerencias de la poeta, le entregué a Eréndira Pizarro, mi exalumna del Colegio Tridentino San Ramón y

ahora dueña del cafetín Guardabarranco. *Osadías* y *Toma mi silencio*, dos secciones de las seis del libro, fueron las que más me impresionaron, sobre todo, la segunda que me dejó en la memoria un recuerdo que luego, meses después convertí en un breve poema:

Toma mi silencio

Vine y lo tomé.
Abrí sus partituras
y dentro hallé una cuerda
y un pájaro cantando su poesía.
La guitarra en la noche
tocaba una flauta solitaria,
mientras leía sus versos.
La palabra era un conjuro
de cosas prohibidas en la ciudad:
un almuerzo de letras se gestaba
en su libro y seguí abismado
oyendo sus vísceras con cantos.

Telica, 21 de marzo, 2018.

Ahora les dejo aquellos dos libros de Zingonia Zingone y los comentarios que escribí por cada uno de ellos, como una muestra de la poesía itinerante, emigrante, valerosa, muy humana y espiritual, doblando a veces el brazo del lenguaje para convertirla en una poesía humana y vigente en Latinoamérica.

Telica, 01-23 de marzo, 2018.

II

Lecciones y conversiones del desierto

La palabra tiene un material triste y lejano como la arenilla del Djouf. La palabra tiene un mensaje de soledad como el aroma sin nombre. «El príncipe ama la rosa y conoce su aroma», pero no conoce su nombre ni su intensidad creadora. El olor se ha quedado sin nombre, solo en el desierto como lección y desolado canto de Khalil que con un telescopio en mano avanza en la noche y sus bondades, buscando. «¿Qué busca Khalil?».

Khalil es adicto al amor y sus noches; no sabe otra cosa que chupar la sangre del amor: «es sólo un vampiro». Pierde la corona en sus días y arma su rey con amarguras, mendigo y ángel de su canto con «madero clavado sobre sus alas». Ahí su sangre y sus versos molidos de arena: el libro de las contemplaciones, sombra y luz, soledad arrimada con palabras que vienen con el viento y se van. Khalil es arena y viento: las conversiones de las palabras y los ancestros.

Khalil ama y vive en el desierto: su palabra de arena hizo su cuerpo de arena. De sus ojos nació la melancolía y la música del abismo y el abandono. Es un quijote a su modo con sable y morro: idea y poesía en la aventura del dolor para alcanzar la libertad. Su espectro busca la libertad, la gran palabra del idioma y del candor que nos hace crecer en las miserias: «su palabra arrojada al silencio». Así se vienen tronchando las verdades: navega el viento su ángel, la luz que es musa y mujer. ¡El espectro otra vez busca su libertad! Ahí, *el oráculo de la rosa* de Khalil: príncipe, rey, mendigo, vampiro, espectro en su conversión.

I

El príncipe Khalil
camina los senderos de la noche.
Busca en los ojos tibios
un refugio, un abrazo furtivo.
Capullos sonrientes que dancen
a un ritmo entrecerrado y virginal.
El origen de la vida y sus tormentos
y el anhelo del gozo
que aturde el tiempo.
El príncipe ama las rosas
y es dulce en sus caricias.
Ama la rosa y la abre
con furia despeinada,
en su pecho la cadencia de otra edad;
eterno príncipe en las tinieblas.
La rosa florece
en el roce salífero de las sombras,
inaugura el latido profundo de hembra;
la gata rasguña y se acomoda para ser,
silencio hondo
en el rugido del soberano.
Khalil no arranca el último pétalo,
guardián del espíritu;
cubre el pimpollo y se aleja.
Mira a los ojos vítreos del alba
y la rosa ya no es rosa y él no es príncipe
y el abrazo ya no es.

Ella es presa del maligno, del hombre que no es otro que Shaytan [Satán]: lo prueba el trance, la lágrima, el monstruo, el horror que tiene rostro de hombre y abismo: «monstruos afloran con rostro de hombre». Allí la casa, el destino, la piedra del camino que habita la casa y el desgarró de la niña, la gente que habla y quema con su lengua. Soraya parece salirse de sí misma, porque ella no

habita en sí misma. Solo tiene memoria y el dolor de su memoria: «la casa es su tumba».

La niña tal vez fuera feliz con los cuentos. Sueña con cuentos: «¿cuentos quieres niña bella?». Todas las niñas juegan pensando en los cuentos y sus alegrías. Toda criatura se amarra al cuento de la vida y su memoria como cuentos de niñas y travesuras. Soraya también tuvo su cuento... y su tristeza. Ella solo tiene un suspiro... y su asco. Ella tiene su cuento, un cuento viejo, un cuento viejo de trapo viejo y sucio que «clava su lengua de espuma y tabaco»...

Ella vende dolor a precio alto y triste. A precio de fantasma compra sonrisas. Precio de semilla del mundo: huye del mundo. Se ilusiona, mata su vientre, tiene una historia. Ay, Soraya, tu historia la vi sentada en una esquina, platicando con un viejo que anda las calles con sombrero. Ya me aprendí tu historia, ya me aprendí los viejos misterios que te quitaron tu infancia: «turbada, se acomoda la falda».

Soraya parece un cuento, una fábula que habla de los olvidos y la sombra. Un día muy pronto ha de romper la maldición y su carne no será solo carne, sino algo de arcoíris y dignidad y ya no podrá odiar su carne y su curva... Soraya es silencio y tiempo: «callada retorna la luz de la infancia». Ella que es fragua y viento: fabrica los tiempos de la infancia como *Las campanas de la memoria*. Satán, padre y un viejo sabio que la mira...pero el silencio la acompaña...

I

En una esquina de la noche
una niña abraza sus piernas,
se balancea en trance y llora.
Las lágrimas bajan
por los costados del cuerpo,
caen sobre la calle empolvada
de un invierno sin lluvia.
Monstruos afloran
con rostro de hombre,
roban el grito de un horror,
tapan su boquita
de clavel prendido y gozan
del mismo gozo maldito
que ilumina el rostro de Shaytan.
Cierra los ojos, se ampara
en la oscuridad del dolor,
rasguña sus muslos como gato engañado,
hunde su rostro en los abismos.

Básim es el desierto: el viento, el silencio, la arena, el punto del naufragio. Básim es una vieja historia de vigiliyas, una lágrima en la arena, una lagartija con los ojos llenos de polvo. Ella, el niño y el hombre, amalgama de dolor: triduo: ayer, hoy, y siempre. Una mujer que ama a su hombre cree en el amor, porque ha sufrido el desamor: «y en sus recuerdos resplandece vivo un hombre».

Y el niño, distancia y lejanía y entre los juegos el dolor, la caída, el sonido de la arena en la tristeza, la ausencia del padre, no pesa tanto como la presencia del dolor. Y vuelve el juego, el canto, el salto de la tristeza entre los niños y la diversidad de travesuras. Y no sabe si está en el sur o si existe el norte, porque la madre tiene una historia: «el palpitar de una madre en el desierto».

El *Río escondido* es el viaje de Básim hacia los mares del sur, los sueños de los reptiles y una búsqueda junto a su madre, desolada vida, coser y descoser esa historia antigua que se avecina en los mares o los ríos. En fin, un arrebató y una ilusión que busca el amor para sí mismo, un viaje dentro de sí mismo: «el turbulento viaje de mi imaginación» que es una búsqueda constante de sí mismo. Y dentro de esa búsqueda la más grande y menos perenne: la libertad.

V

La arena danza al ritmo de un suspiro,
cortina de afanes que separa una madre
de su hijo. Bâsim juega, tira una semilla
de dátíl, brinca con una, luego ambas
piernas, desde la tierra,
evitando bordes y dudas,
su meta es el cielo.

El niño cae y se levanta; regresa a tierra.
Lanza otra vez el hueso del dátíl
e intuye que la vida se vive a saltos;
pequeño acróbata de los abismos.

El palpitar de una madre en el desierto,
gemido enterrado en la arena;
el estrechar enérgico de un hombre,
el fruto que al consumirse crece,
consumido una y otra vez.

La dimensión del tiempo oscila
entre la primera estrella del ocaso
y un niño que grita «¡rayuela!».

No he hecho sino resumir tres historias, tres nombres, tres personajes de este libro de Zingonia Zingone [Londres, 1971] —un nombre de poeta como juego de palabras y aliteraciones con cantos— cuyo libro titulado *Los naufragios del desierto* —Vaso Roto Ediciones, Madrid, 2013— es un canto a la búsqueda y a la libertad de sí mismo en una

desgracia de ahora o de siempre, de todas las culturas y de todos los mundos: «el origen de la vida y sus tormentos».

La primera parte, titulada *El oráculo de la rosa* es la historia de Khalil, un caminante de la vida que va sufriendo transformaciones y conversiones que la vida le tuerce para alcanzar sus memorias, su vida, su sueño, su desgracia misma de adecuarse a las circunstancias: el hombre es el ser y la circunstancia. «Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo», nos recuerda José Ortega y Gasset en *Meditaciones del Quijote*.

Nada que haga el hombre en su desdén o su desdicha, en su fama o su gloria, es poco con tal de sobrevivir a las circunstancias que lo envuelven y lo convierten para subsistir: Khalil va de príncipe a rey, de mendigo a vampiro y de demonio a espectro: «¡Déjame! Solo busco una ventana». «Hay engaño y maldad y hambre, hay tanta desventura, ¿por qué no bates por la humanidad? ¿Por el amor verdadero?» ¿Acaso no es el amor humano el más verdadero?

La segunda parte, titulada *Las campanas de la memoria* es el periplo de Soraya, otra búsqueda, otra caminante de la oscuridad, otra desgracia conocida en las ciudades, en el campo, en el desierto: «en una esquina de la noche una niña abraza sus piernas», que es lo mismo abrazar su desgracia y su pena; una pastora Marcela que se muestra en una parte de su cuerpo que es todo su ser y su mundo infantil para que existan malvados que pretextan su belleza.

Soraya es presa de Satán y más aún, la desgracia de un hombre que, en vez de cuidar sus breves retazos de vida, insipiencia de la humanidad, ve reflejada en sus memorias las laceraciones del padre; allí, «la casa es su tumba», en

vez de cuentos y juegos de niñas, yace en su desgracia humana, dolor, víctima de monstruos: «¿cómo despintarse los labios de la carne mordida?». Así va de cuento a fábula, de canto a maldición, a búsqueda y huida de sí misma para liberar su propia vida y su propia carne: «soy flor marchitada por el vicio impuesto por el hado».

Y, por último, en *Río escondido* la historia de Basim, el niño de pueblo árido como lectura de la tristeza, el sueño que descubre en los reptiles, la búsqueda y la transformación a partir de su soledad. Aquí una soledad en compañía de su madre, una mujer de la esperanza, cose y descose, hila y deshila, parece anudar el tiempo, una Penélope en su descanso y en su memoria de buscar una respuesta.

Son tres historias de tres personajes con tres vidas que se fusionan en la historia de la humanidad: alcanzar la vida y su gozo requiere un cambio, una transformación de la piel, un cambio de mentalidad, una conversión del ser viejo anonadado y triste, por un ser nuevo, jovial y alegre que empieza en uno mismo.

Y quizás ésta sea una de las grandes lecciones del desierto: el ser está hecho para sobrepasar sus desgracias, aunque para ello, tengamos que convertirnos en sueños de lagartijas, en quejido interno para sobre llevarnos a nosotros mismo; la primera gran salida de uno mismo para regresar y cantar por nosotros mismos que es la mejor manera de cantarle a la humanidad.

El libro *Los naufragios del desierto* nos recuerda a Rubén Darío y a Julio Cortázar sin ser lo uno ni lo otro, pues su fondo es oriental sin cenizas, pues su color y su calor está lleno de espejismos con diversas lecturas y lecciones personales, sin camellos sin oasis, pero con mares del sur, una gota suficiente donde el hombre y la mujer puedan navegar sin naufragios.

Así también resuena en el fondo de la obra el espíritu de Omar Khayyam, pues sus dudas e interrogantes, los caminos del ser humano, están apegados y aferrados a la colina humana y su conducta, como dijera el poeta: ¿Por qué mi alto Escultor me hizo de tierra? En este libro de Zingonia Zingone el ser humano es el punto esencial de toda su poesía: divina y terrena.

Telica, 12 de agosto, 2013.

III

Tentaciones e iluminaciones de Zingonia Zingone

La imagen de dos gaviotas bailando en el espacio quemándose la existencia bajo la luz del sol como átomo y estrella, como quien inicia el fuego y las llamas de un libro, es un elemento de la naturaleza que iluminan las palabras del poemario «Las tentaciones de la Luz» (Ediciones Anamá, Managua, 2018), última obra poética de Zingonia Zingone (Londres, 1971), para decirnos la pequeñez del ser y lo etéreo de nuestras actuaciones y comportamientos en un mundo cuya existencia persiste cerca del abismo y las desigualdades humanas.

Esta obra se divide en un prólogo y seis secciones de una poesía ascética, contemplativa, evangélica, mítica y sensual que va palpando con la suavidad de las palabras que nos hunden la herida y nos prueban la existencia sobre nuestras posturas humanas de la libertad, la igualdad, la emigración, las aventuras del existir y las relaciones con nuestras propias banalidades.

El significado del infinitivo tentar se refiere a palpar, examinar, tocar, inducir, estimular o experimentar una cosa para reconocerla con las manos cuando no puede

verse. Tentar la luz es iluminar la palabra por el conducto extraño de la poesía que es energía que se propaga como fotones de imágenes.

Junto al pozo

La sección inicia con la imagen de las gaviotas que ofrecen la luz de la libertad espiritual. El hablante lírico, como si tomara la voz de la mujer a la que se ha pedido agua o poesía que es lo mismo, muestra sus emociones con sensualidad. La misma luz de fuego del hogar que vio Pablo Antonio Cuadra en la muchacha y el peregrino, ahora el hablante lírico de Zingonia es esa muchacha que dice: «tócame / y verás la noche iluminar». Aquella que «perturba las constelaciones que rodean mis senos».

Hay una honda reflexión sobre los pasos de la vida, sus bondades y maldades, sus temores, sus cavilaciones espirituales que buscan más allá de la vida misma: «orar es rastrear una chispa...» algo así como el «testimonio del espejo en flamas» como si el ser se extinguiera en su propia estela de sueños y energías.

dos gaviotas bailan
en una esquina del cielo
entre las rocas
y el mar

el movimiento repetido y sensual
un tango suspendido
la existencia

piso la hierba del silencio
buscando
una palabra que resuma
átomo y estrella
escucharla en una flor
abriéndose despacio

Peregrinaciones

Peregrinar es viajar a un lugar sagrado: ya por poético, ya por espiritual. En este caso, el hablante lírico viaja en ambos sentidos. Observemos cómo nos muestra el peregrino su camino y sus travesuras consumidas en la travesía.

La libertad es la bandera del viajero: «Si... fuera libre vagaría por los bosques». El hablante lírico se transforma en pájaro para hacer su rutina, pero esto es poesía; la realidad es otra... Hay dolor, esclavitud, muerte... O más al sur, en la playa, en la selva, desde la ermita, desde el barranco... Aún creemos en los bosques de Massachusettes o en la India donde los perros son nómadas. La India vale tanto como Nizzamunddin, el gran santo sufí «define altanería mi compasión».

El libro plantea un inmigrar incesante del ser desde los primeros días de la vida. Somos alimento de la libertad que es el fin y búsqueda del ser en todas las épocas. El hambre, la miseria, la inmigración: tres elementos inherentes a los seres Podemos perder todo, menos la libertad; así vayamos muriendo de hambre y amor en la travesía.

Si de verdad fuera libre
vagaría por los bosques
o las calles
dormiría en aristas
o en el monte
comería solo
si algo sobraría

sería pájaro
de rama en rama
de nube en nube

sobre las ruinas de la tierra
hallando rumbo en el viento

por el contrario recorro
las ramblas bulliciosas
adornadas de luces
me asaltan las mesas
que colonizan las aceras
me toma por el cuello
el gorgoteo de la cerveza

buitres
en la ruta solitaria que busco
esclava aún
de otro que amo.

Sombras de luz filtrada

El título de la sección es una antítesis: una relación de oposición entre proposiciones, juicios o tesis de su poesía. «Un rayo de sol tiente el tronco», es decir el Verbo que es luz y fuego «abre los ojos a la sombra de la vida». Zingonia, a través de los prosemas nos recrea aquella imagen primera de la vida, cuando la tierra y el agua se abren para mostrarnos la existencia. «Al nacer la semilla rompe la tierra, el árbol corta el aire, la hiel se apodera del tronco, entonces tira frutos envenenados. Ella no sabía que de la muerte nace la vida».

La antítesis exige el rompimiento de lo establecido en diversas esferas del vivir. La obra en este sentido propone la creación de una nueva vida, nuevo corte a la vida, a la inteligencia del ser; no basta solo el cerebro. Necesitamos de la imaginación, la creatividad y el humanismo frente al tecnicismo y la frialdad.

un rayo de sol tiente el tronco
y los pajarillos gorjeando huyen

él
—el viento entre los rizos—
abre los ojos
a la sombra de la vida

ella camina desnuda
su cabello gitano
un fandango de flores agrestes

el aire huele a pradera mojada
verde
se desliza en el campo verde
zigzagueando las caderas
una hermosa serpiente
su lengua roja enrolla
un pomo color rubí

trueno la voz que dijo
júntense las aguas
que debajo de los cielos están
sacude como lluvia las hojas
del árbol negado

sube la serpiente
arrastrando el pomo entre las ramas
colocando el tiempo
en el costado izquierdo
entre dedo y dedo
de aquellas manos temblorosas
enlazadas
con inocente tentación

él empuña el pomo
ella aprisiona el puño

asustado
el hombre cae
en el hambre de una mirada

la costilla se desmorona
y desciende como arena escarlata
por las paredes ocultas
del cristal humano
se hace clepsidra
pauta que confina los genes
en el recinto de la caducidad

Perspectivas del abismo

La perspectiva desde la poesía y la pintura es el arte de dibujar para recrear la profundidad y la posición relativa de los objetos comunes de la vida. En el dibujo, la perspectiva simula la profundidad y los efectos de reducción; en la poesía nos muestran detalles oscuros o silencios que hablan más que las palabras. Un conjunto de circunstancias rodea al observador e influyen en su percepción poética.

La poeta dice: «El hombre avanza por el borde de un precipicio... vi el abismo y él un rostro deteniendo el derrumbe». Vuelve el Verbo como aquello que nos mantiene vivo y nos empuja a sobrevivir por encima de los dolores de la existencia. El Verbo es el objeto lírico y el temple de ánimo que se halla en su voz y el fuego de las palabras. «Dicen que escribes poesía... emanas palabras arcanas suscitando delirios mientras el mundo entre barbaries y bombas se apaga, ¡por qué, mujer, escribes

poesía?» Conclusión: las palabras nos salvan de la barbarie. En *la sulamita* como aquella de Carlos Martínez Rivas «En bata todo el santo día soporta la felicidad» y escribe.

la sulamita

dicen que escribes poesía
tu rostro impreso en la portada
anclado tu nombre a una columna
del diario en la cloaca
vestida de aire danzas
en versos rotatorios
encima de las desgracias
y la fetidez no te roza
sufrí de pétalos abiertos
emanas palabras arcanas
suscitando delirios
mientras el mundo
entre barbaries y bombas se apaga
¿por qué, mujer, escribes poesía?

suspendida estoy
entre la bruma y el ocaso
incipiente fragmento disperso en el tiempo
mis ojos como palomas
llevan en su pico
la paz del vuelo
buscando las tierras despojadas
del verbo primordial
porque soy la amada de mi amado
palabra de su palabra
ocre
en el tintero alado
y mi pergamino lecho de flores
acoge los versos
de su aliento plasmados

*por más que ustedes escuchen
no entenderán*

*por más que ustedes miren
nunca verán*

porque yo soy la tuberosa florecida
en los desiertos del progreso,
una mirófora que en manos estrecha
la fragancia del Amado:

la antiqúisima
y siempre nueva inspiración

*¡pobres de aquellos que apenas se levantan
buscan aguardiente
y hasta muy entrada la noche*

/continúan su borrachera!

abandonado el vino y los amores
derrumbada la torre con sus gargantillas

no queda ya nada
de aquella que fui;
pacificada por el misterio
sentada en su sombra

recibo el efluvio
escribo y transcribo
sin saber por qué

Osadías

La osadía es intrepidez, arrojo y temeridad del comportamiento de la persona para no detenerse frente a los peligros. ¿Peligros de qué? ¿De la vida y la poesía? ¿De la humanidad y sus perspectivas de abismos? Más bien, se refiere al «amor místico que encarnas» como si buscara el amor evangélico de Azarías H. Pallais, pues inicia los versos como los pareados del sacerdote. El Verbo y su luz son tan fuertes que solo se comprenden en «mi turbación... me desprendo de las cosas».

El hablante lírico asume un papel de búsqueda frente al Verbo, pues «tu reflejo me deslumbra». El temple de ánimo del hablante es de contemplación, admiración que sin amor nada se es ni siéndolo. Allí está el amor: en la brisa, las gaviotas, la mariposa, en la fruta; en «lo desconocido es silencio azul pintado». Esta sección es quizás la de mayor intimidad poética y espiritualidad esencial.

los ojos llenos
de tu rostro

las palmas juntas
en plegaria

tu voz
llenando mis honduras
te amo
del amor místico que encarnas

la fuerza de tu brazo
enardece el aire
me estrecha

el silencio absorto
de la mañana

nunca
más alto deseo

Toma mi silencio

Vine y lo tomé. Abrí sus partituras y observé que en ese estado de cosas donde no hay ruido ni voz había más comunicación. El silencio es objetivo y subjetivo a la vez. El silencio abre pausas para la reflexión y escuchar con claridad los sonidos. El silencio es imprescindible en la música y la ternura de las canciones.

Descubrí que el hablante lírico asume una voz evangélica y mariana, es decir, una voz portadora de buenas noticias para acompañar con su palabra al portador de la luz y al que es luz. En esta sección, todos los sentimientos y emociones se dirigen para recrear la pasión y la vida del Verbo a través de la madre del Verbo. El hablante lírico se despoja de la carne para hacerse espiritualidad y poesía.

2.

Hijo mío,
entre burlas
y los insultos de los soldados
te niegas a ti mismo,
abrazas la cruz y sigues
la oscura suerte
que el Padre
para ti designó.
Déjame llorar
la tristeza que brota del seno temblante.
Tú no me ves,
caminas humillado, cargado
de un amor incomprensible
arrastras el árbol partido.
¡O eres Dios
o eres un loco!
Ayer comías
sentado entre enfermos
y hoy con ellos
el juicio injusto te ha enmarcado.
Tú callas y avanzas
en medio de los ladrones.
Ten fuerza, dulce amor,
triunfa
en ese brazo.

En fin, Zingonia Zingone, en este libro, como si fuera un árbol cronológico del bien y del mal, nos muestra las variadas formas del vivir y del sufrir del ser, con luces y sombras, con afectos y debilidades, con dolores más que amores, pero creyendo que el hombre a la orilla del abismo es capaz de reincorporarse, levantarse y darse una segunda oportunidad que no es más que el incesante dolor de todos los días.

Muchas gracias, Zingonia, por hacernos reflexionar con este libro.

Telica, 10-22 de febrero, 2018.

